UN HOMBRE MUERTO DE FRIO

El Retiro de Madrid, testigo de tantas grandezas, suele serlo también de desventuras tan lamentables como los suicidios y las muertes que ocasiona la indigencia abandonada á sus propios rigores sin una mano que la ofrezca apoyo, sin una alma que la preste aliento; sin que la virtud divina de la caridad la cubra con su manto. El hecho tristísimo de haberse encontrado recientemente en el Retiro de Madrid, en una de estas glaciales mañanas, un hombre muerto de frío, se presta á tristes y profundas consideraciones

No nos atrevemos á protestar ardientemente contra el abandono del hombre por el hombre, diciendo que *¡no hay caridad!* porque hay seres que á la caridad consagran su existencia, porque hay muchos que comparten sus bienes, en mayor ó menor escala, bajo una ú otra forma con sus prójimos desheredados de la fortuna porque no puede eclipsarse en el mundo el astro luminoso que brilló en la Cruz y que brillará en la eternidad; pero, bien puede decirse que todavía no se ha propagado esa virtud redentora y salvadora, en la medida que demandan apremiantemente las grandes necesidades de la humanidad; no sólo las materiales, sino todas aquellas que se encuentran señaladas taxativamente en las Obras de Misericordia.

Hacen mucho, no podemos negarlo, determinadas Asociaciones de carácter religioso, que se organizan y desenvuelven para el ejercicio de la caridad; pero en general, no se preocupa bastante el hombre por el hombre para prevenir esas situaciones horribles en que se encuentran los desventurados que carecen de pan y abrigo; como carecía el desgraciado que se encontró muerto de frío recientemente en el Retiro de Madrid.

En una popular zarzuela que reproduce escenas madrileñas de los

principios del siglo XIX, se termina uno de sus actos con estos dos versos:

«No es nada, un soldado muerto,
Puede el baile continuar».

En esos dos versos va envuelta la crueldad del corazón humano cuando el egoismo: la soberbia y las pasiones más menguadas agostan en flor los sentimientos más puros, y cuando se prescinde por completo de los supremos deberes que impone al cristiano el Evangelio, deberes compensadores de todo sacrificio, porque el goce de hacer el bien, y de sacrificarse por el prójimo, es muy superior á todos los placeres del mundo; y parece un heraldo de la suprema dicha que aguarda al hombre en el más allá de la muerte.

Es preciso que, los que somos cristianos atestigüemos nuestra fe con hechos elocuentes más que con palabras; es preciso que, sobre las organizaciones existentes, ó asociándonos á ellas y desenvolviéndolas, preveamos en las respectivas localidades en que nos encontramos, esas situaciones extremas de los hombres desprovistos de todo recurso, como lo estaba el desgraciado que recientemente ha muerto de frío en la capital de España; es preciso que individualmente procuremos investigar en todo cuanto esté á nuestro alcance la situación de aquellas personas desvalidas que quizá no se atrevan á implorar nuestro apoyo; es preciso, en fin, que no nos hagamos cómplices ni aun solidarios del hecho abominable de que se muera de hambre y de frío un hombre, mientras haya pan y abrigo en el mundo.

JUAN CANCIO MENA.